

Renato Cisneros

Dejarás la tierra



Renato Cisneros



Dejarás la tierra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Renato Cisneros, 2017
© Editorial Planeta Perú, S. A., Lima, Perú, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición publicada en Perú: julio de 2017
Primera edición impresa en España: octubre de 2018
Depósito legal: B. 20.159-2018
ISBN: 978-84-08-19437-8
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Cayfosa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Lima, 2013

Ese día llegamos al cementerio con la urgencia de verificar si era cierto o no que el esqueleto de la tatarabuela Nicolasa se encontraba enterrado junto al del cura Gregorio. Eran las doce. El sol recalentaba las tumbas y cegaba a los perros sin dueño que vagaban buscando la sombra. De a pocos, el silencio del Presbítero Maestro fue disolviéndose, primero con nuestra respiración, luego con el eco de los pasos desganados de las contadas personas que a esa hora se movilizaban para comunicarse con sus muertos.

La luz natural no hacía menos tétrico el laberinto de esos pabellones que parecían componer barrios enteros de edificios de ventanas selladas, jardineras de flores marchitas y cruces negras pintadas como lágrimas. Edificios decrepitos, como bombardeados, llenos de cadáveres cuyos espectros seguramente aguardarían la noche para deambular intercambiando olvidos, misterios y pesares.

Al pasar delante de las puertas de rejas oxidadas que se levantan cada cierto tramo y comunican el cementerio con el reino de los vivos, advertimos que los vigilantes habían abandonado sus puestos para ir en busca del almuerzo, o quizá todavía no se presentaban a trabajar, o quizá no ha-

bía vigilantes que fueran a ocupar nunca esas casetas desteñidas que de lejos simulaban sarcófagos vacíos.

Sin informantes a quienes recurrir, nos tomó una hora ubicar el cuartel San Job después de hacer falsas paradas en San Estanislao, San Joaquín, San Calixto, donde nos entrevistamos con los gestos dolientes de los arcángeles de piedra que coronan las criptas y mausoleos de ciertos héroes republicanos.

Una vez en el San Job, guiado por una intuición hasta aquel instante adormecida, el tío Gustavo caminó lánguido pero con convicción hacia las lápidas del sector «C» y empezó a recorrerlas con la mirada, repitiendo tres dígitos en voz alta:

Dos, cinco, tres.

Dos, cinco, tres.

Dos, cinco, tres.

Parecía un sonámbulo pronunciando el conjuro que lo devolvería a la vigilia.

Así estuvo unos segundos hasta que dio con la tumba que buscaba. Detrás de partículas de tierra sedimentada y restos de telarañas ya quebradizas, los datos del mármol se leían con nitidez.

Aquí descansa doña Nicolasa Cisneros

Nació el 10 de setiembre de 1800

Falleció el 3 de enero de 1867

Abajo, una inscripción en latín: *Adveniat Regnum Tuum.*
«Venga tu reino.»

Al pie, más que un epitafio, una sentencia:

Sus hijos la querrán siempre.

Al pasar una mano por mi antebrazo sentí la piel erizarse. Sabía que allí dentro no había otra cosa que una calavera arrinconada, carcomida por larvas, si acaso envuelta en unos trapos deshilachados que ya no constituían una vestimenta; lo sabía, pero por un minuto quise creer que algo del espíritu de esa mujer que había sido mi tatarabuela, estando a tan escasos centímetros de nuestro mundo, podía filtrarse por alguna de esas grietas o ranuras que el calor abre en el cemento, manifestarse de alguna forma puntual y aprobar nuestra visita o echarnos de allí para que dejásemos de importunarla.

El tío Gustavo se concentró en limpiar el vidrio con un trapo. Al principio lo hizo con serenidad y delicadeza, como si lavara la cabellera de un moribundo, pero ya después con una vehemencia sin proporción. Había algo en él que necesitaba doblegar o penetrar el bloque de cemento y profanar ese depósito con el afán de recoger por unos minutos los escombros de aquella señora que, dos siglos atrás, nos había heredado su apellido, y de reconocer en esos despojos la materia de la que también nosotros estábamos hechos. Se detuvo de repente, al reparar en la escultura en bajorrelieve que destacaba en el centro de la lápida. Era la silueta de una mujer tomando a un niño entre sus brazos.

—Fíjate bien —dijo—, es una madre con su hijo, está sola, no hay padre.

Tomé nota de su observación en mi libreta y seguí examinando los detalles de la escena esculpida, atento a todo cuanto pudiese encerrar algún significado.

No había terminado cuando mis ojos se sintieron atraídos o interpelados por el nombre del muerto del foso vecino. El nicho 255. La superficie estaba recubierta por unos remolinos de polvo que removí con los dedos.

—Mira quién está aquí —inquieté al tío Gustavo.

Algunas letras se habían despintado o corroído, pero las palabras podían distinguirse a la perfección. Cuando se dio la vuelta, las venas dilatadas de sus pupilas se ramificaron por la sorpresa o el susto.

—¡Ya ves!, ¡era cierto! —reaccionó aludiendo a los papeles que días atrás habíamos descubierto en el archivo arzobispal; en los que se daba a entender, o nosotros quisimos entenderlo así, que Nicolasa y Gregorio, en un último acto justiciero, reservaron tumbas contiguas para compartir la eternidad con la cercanía que les fue prohibida en vida. A continuación el tío Gustavo, los anteojos levantados, se colocó a un centímetro de la losa para cerciorarse.

8 de diciembre de 1865

Aquí yace el Dr. Gregorio Cartagena
Cura de Huácar

No fue necesario ver su semblante para saber lo que ocurría en su interior. Lejos de desmoronarse, sentí que, a los ochenta años, revivía. Como si aquel hallazgo hubiera dado repentino sentido a su arqueología de décadas. O como si alguien acabara de contestar por fin la pregunta que de niño le hizo a su padre en los días del exilio de Buenos Aires y que este no respondió: «¿Quién fue tu abuelo, papá?». O como si volviera a adentrarse por unos segundos en el cuerpo del muchacho de quince años recién llegado a Lima que una mañana, acaso un mediodía igual que este, de la mano de Agripina, la única de sus tías que no se callaba los secretos, vino hasta este mismo cementerio, entonces más arbolado o menos mustio, y oyó por primera vez hablar de estas tumbas. «Las tumbas de los amantes», susurró Agripina sin añadir nada más, sembrando en él

una duda destinada a incrementarse hasta volverse insufrible y también un recuerdo que permanecería años sepultado.

—Yo he estado aquí antes —balbuceó el tío Gustavo mirando alrededor, como si acabara de tener una revelación y de reconocer el entorno. Al contemplarla ahora, su vida entera —curtida por la pérdida de su primera esposa, la partida de varios de sus hijos, sus incontables deslices amorosos, el dinero gozado a manos llenas, la posterior bancarrota y la persistencia en preservar la casi extinta mística familiar— parecía de pronto justificada frente al paredón de los muertos.

Concluida nuestra expedición necrológica, salimos sin decir nada, dejando atrás el conjunto de aromas rancios del cementerio. Caminamos muchas manzanas, en paralelo a la gran avenida, hasta que abordamos un taxi rumbo a un restaurante de Miraflores que el tío Gustavo decía conocer. Con el transcurrir de los minutos me percaté de que le costaba identificar calles y atajos; de que continuaba sumido en una perplejidad que lo desorientaba. En tres ocasiones el conductor se quejó de sus indicaciones incorrectas y estuvo a punto de bajarnos del auto. A mitad del trayecto, como una forma de certificar aquello que acabábamos de descubrir y que aún parecía una ficción, me dijo:

—¿Viste? Ya te lo había dicho. La vieja y el cura se enterraron juntos.

En el espejo retrovisor, el taxista oscureció la mirada.

Llegamos finalmente al restaurante, ubicado en el cruce Tarapacá, y tomamos una mesa colindante a una ventana que ofrecía un generoso ángulo de la avenida Arequipa. Del otro lado del cristal se adivinaba el rumor inagotable de la calle: el movimiento de los pequeños negocios, los transeúntes aglomerados en las esquinas a la

espera de un bus que tardaría varios minutos en llegar, bandadas de pájaros color aluminio refugiándose de los bocinazos o los cercos eléctricos. La ciudad sumida en su habitual desconcierto. Después del primero de los muchos wiskis que tomaríamos esa tarde, coloqué sobre la mesa mi grabadora encendida y le pedí al tío Gustavo repasar detalladamente la historia que me había contado tantas veces y que desde hacía unos años veníamos reconstruyendo juntos; él con apuntes milimétricos, yo con desordenada obsesión.

—Ahora sí quiero escribirla —le dije detrás del vaso.

Él compuso un gesto de satisfacción y cautela: el gesto de alguien que se ha resignado a abdicar y transferir su proyecto más valioso, un proyecto que merece sobrevivir y ser apreciado por alguien, que se ha mantenido inexplicablemente oculto y que ahora ya depende de otras manos.

—Si esto no lo cuentas tú, nadie más lo va a hacer —decretó con pena.

No mucho después comenzó su relato, conocido aunque siempre nuevo, de los sucesos ocurridos en Huánuco en los años veinte de hace dos siglos, cuando aún estaban vivos esos hombres y mujeres que actuaron y tomaron decisiones sin saber que se convertirían en nuestros antepasados; hombres y mujeres combativos pero también medrosos, de cuyo agitado paso por el mundo ya solo quedan esquirlas.

Huánuco, 1828

La tarde del sábado 29 de marzo, tras bajar una última quebrada, Nicolasa y Dominga Prieto bordearon el cerro de Sipa esperando toparse con algún peregrino que les diese información sobre su ubicación. A nadie encontraron. Pasaron cuarenta minutos en ascuas, y justo cuando los caballos comenzaban a rendirse, a ponerse nerviosos y rehusar sus órdenes, y ellas mismas ya se abrían a la posibilidad de que la muerte les diera alcance en medio de aquella colina pedregosa y desértica que empezaba a ser devorada por la penumbra, divisaron una construcción a lo lejos y desearon primero y dedujeron después que se trataba de la hacienda Andaymayo.

Cuatro días antes, el martes 25, al darse cuenta de que la hinchazón del vientre de Nicolasa no podía disimularse más, Gregorio Cartagena la convenció de mudarse temporalmente a Huacaybamba, un pueblecito de la sierra peruana sumido en el confín del páramo, trescientos kilómetros al norte de Huánuco, en la neblinosa frontera con Ancash, donde él tenía una hacienda. Allí, le garantizó, lejos de la provincia y de la civilización, pero, sobre todo, de las habladurías y del escándalo que seguro iría a desatarse,

encontraría el ambiente propicio para dar a luz. Nicolasa accedió sin pensarlo mucho y, en cuarenta y ocho horas, al amanecer del jueves 27, partió a caballo en compañía de la negra Dominga Prieto, la robusta sirvienta cuya lealtad y discreción serían recompensadas años más tarde.

El camino de herradura hacia Huacaybamba era una trocha sinuosa y escarpada, con picos que rozaban los cuatro mil metros de altura y tramos tan agrestes que solo podían hacerse a pie. Cada vez que Nicolasa flaqueaba y, agarrada por el cansancio, pedía detenerse, Dominga Prieto le extendía un trapo remojado en agua. «No podemos parar, mi niña, así dijo el padrecito Gregorio —le recordaba—. Hágalo por la criatura», le repetía sobándole el vientre. Con el paso de las horas se acostumbraron a descansar ya fuera para alimentarse calculando la luz del mediodía; para dormir o intentar dormir en algún umbral del bosque donde el musgo hubiera crecido lo suficiente; o para que Nicolasa, arrebujada entre los matorrales, se recuperara de las constantes fiebres y escalofríos que la aquejaban a cualquier hora trayendo consigo amenazas de vómitos. En cada una de esas paradas Dominga Prieto se retiraba unos metros murmurando avemarías y rezos de protección a san Cristóbal o santo Toribio y, una vez lejos, sentada sobre cualquier montículo, aprovechaba para quitarse los zapatos que le apretaban, reventarse las ampollas y darse fuerzas bebiendo aguardiente de la cantimplora que llevaba escondida en el mismo bolsillo del delantal donde guardaba sus estampitas religiosas.

Tres días y tres noches les tomó completar esa ruta que parecía insondable. Tres días padeciendo un calor húmedo que no amainaba, que convertía el aire en una tormenta de vapor y que, en las horas nocturnas, favorecía una niebla densa que emergía desde el fondo de los despeña-

deros. Tres días a merced del viento filoso del final del verano, el turbulento verano de 1828; el de las primeras grandes inundaciones y derrumbamientos producidos por unas lluvias demenciales que caían rectas como cuchillazos y hacían del sendero un lodazal. Tres días y tres noches temiendo los precipicios y las cárcavas, el veneno mortífero de frutos ponzoñosos, los nidos de víboras, las cuevas de murciélagos, las ratas mojadas que cruzaban el follaje, el ataque de los pumas o los zorrillos cuyos ojos brillaban en la oscuridad de las grutas. Tres noches ininterrumpidas sin luna, guiándose por el orden de las cadenas montañosas, las estribaciones de la cordillera, la sombra sólida y perpendicular de las acacias, las periódicas migraciones de los aguiluchos de plumas negras, y por el rumor sublevado del río Marañón, ese ruido ronco como el de un animal herido batallando en su jaula.

En la entrada de la hacienda fueron recibidas presurosamente por una mulata espigada, ojerosa y sordomuda que de inmediato dejó en el suelo los cántaros y bateas que traía sobre los hombros y la condujo a la habitación más retirada. Solo después de que ayudó a instalarlas prendió la caldera, reunió en el corral a las aves que se habían alborotado con las visitas y dio forraje a los caballos desnudridos, antes de desenredarles las crines, cepillarles las pezuñas y arrancarles las garrapatas de las orejas. La mulata, que tenía el rostro, los brazos y el abdomen magullados con cicatrices de varicela, era Isidora Zabala, la única criada que Gregorio Cartagena tuvo en vida, quien se las ingeniaba con su alfabeto hecho de señas y sonidos guturales para reportar a su patrón las incidencias de todo cuanto sucedía en ese feudo donde no sucedía nada.

Pasada una semana en aquel dormitorio sin ventanas, tan parecido a una mazmorra, sobre las sábanas raídas de

un camastro de fierro, flanqueada por cubos de hojalata llenos de agua caliente, un arruinado armario de caoba, dos mecheros de petróleo, y con Dominga Prieto haciendo las veces de partera, Nicolasa vio nacer a su niño después de pujar durante doce horas. Quedó tan rendida, tan sin fuerzas, que al cabo de una exhalación se desvaneció de tal modo que Isidora Zabala —quien durante el alumbramiento había permanecido a su lado, de pie— se puso a mugir de espanto y a hincarle un dedo en el hombro varias veces para certificar que no hubiese fallecido.

—¡Déjala! —intervino Dominga Prieto—. Solo está desmayada.

Isidora Zabala alcanzó a leerle los labios gruesos, bajó la cabeza en señal de obediencia y un barullo ininteligible salió de su boca.

Cartagena llegó a la hacienda horas después, desmontó su cabalgadura y se dirigió con presteza a la habitación, donde encontró a Nicolasa dormida con el camisón aún empapado de sudor, y al bebé envuelto en un paño, tirando entre los brazos mullidos de Dominga Prieto. El cura avanzó de puntillas para que no rechinaran los listones del suelo y, una vez frente a su hijo, lo escudriñó sin acercarse demasiado, controlándose, como si practicara esa distancia nerviosa que más adelante sería decisiva. Se buscó en aquel rostro frágil, pacífico, aún despoblado de gestos definidos, y se quedó varios minutos estudiando la frente venosa, la nariz diminuta, el mentón de juguete. Dominga Prieto se lo ofreció como quien comparte un dulce, pero él, sobresaltado, se contrajo apagando de golpe los sentimientos que acababan de manifestarse en su interior, y retrocedió de un salto haciendo crepitar la madera astillada. El niño se despertó. «¿Le pasa algo, padrecito?», preguntó Dominga. Gregorio negó con la mano, abrió la

puerta con torpeza y masculló algo acerca de las labores pendientes en la hacienda antes de disolverse en la noche como un espectro sin paz.

Al cabo de dos meses, en la víspera de su regreso al pueblo de Huácar, su centro de operaciones, Cartagena compartió con Nicolasa la inquietud que lo rondaba como un moscón desde antes del nacimiento del niño.

—Muy pronto —le recordó— habrá que bautizarlo y registrarlo en las actas de la Iglesia Mayor.

Nicolasa asintió.

—Los datos de ley tendrán que ser cuidadosamente consignados —observó Gregorio, dando a entender sutilmente lo inconveniente que sería citar su apellido en documento alguno.

Antes de que los ojos de Nicolasa terminaran de pasarse, Cartagena planteó la adulteración de los papeles.

—No quieres figurar como el padre, ¿verdad? —lo encaró.

—No puedo. Lo sabes.

—¿Y el nombre de quién vamos a poner? —se preocupó Nicolasa. Su voz delataba cierta arritmia.

—Tendrá que ser el de otro señor.

—¿Otro señor?

—Sí. Es cosa de inventarse cualquier nombre —dijo Gregorio con desparpajo.

Esa fue la misión, la hostil misión delegada en Nicolasa: la invención de un padre para el niño. Un padre legal, aunque ficticio. Un padre fantasmagórico que librara al recién nacido de ser considerado lo que en el fondo era y sería siempre: un bastardo. El hijo bastardo de un sacerdote que no podía o no quería o no se atrevía a reconocerlo

suyo ante la ley de Dios y la ley de los hombres. El primero de los siete hijos bastardos que él, el señor clérigo don José Gregorio de Cartagena y Meneses, tendría con doña Nicolasa Cisneros La Torre, con quien mantuvo una relación ilegítima que duró prácticamente medio siglo.

Nicolasa hubiera preferido negarse, tenía miedo, o más bien pánico, pero aceptó el encargo sin titubear, con esa firmeza que, ya por entonces, a sus veintiocho años, se imponía como su rasgo predominante. Durante los días sucesivos, paseando junto con Dominga Prieto por los monótonos campos de arroz y demás plantaciones de la hacienda Andaymayo, se abocó a dotar de identidad al padre ilusorio de su hijo, su flamante esposo inmaterial. Barajó nombres, descartó apellidos comunes, pensó en fórmulas compuestas que fuesen agradables al oído pero sobre todo ajenas y desconocidas, y las repitió en voz alta, paladeándolas, hasta quedarse con una. Dominga Prieto la escuchaba en silencio y se preguntaba si los de Nicolasa eran pensamientos reales o solo un manojito de delirios.

Así fue como apareció don *Roberto Benjamín*. Un hombre para todos enigmático, del que nadie nunca tuvo noticias porque nunca existió. *Roberto Benjamín* fue una ficción, un artificio, una mentira urgente que perduró; un ser imaginado a la fuerza por una mujer cuya dicha de ser madre competía con la inevitable amargura de vivir esa maternidad proscrita, en las sombras.

Pasados unos pocos meses, tal como había sido estipulado, el niño recibió el sacramento en el sagrario de la iglesia de La Merced de Huánuco, en un bautizo masivo y anodino al que no asistió Cartagena, y que concluyó con una copiosa lluvia de harina arrojada por los presentes en señal de regocijo. Llegado el momento de registrar a su hijo, Nicolasa lo hizo llamar Juan y pidió al escribano que

anotara claramente en el acta que Juan Benjamín Cisneros era «hijo *legítimo* de don *Roberto Benjamín* y doña *Nicolasa Cisneros*».

Solo Dominga Prieto la escoltó aquel día sin sol y se mantuvo a su lado, rígida pero serena, con la misma compostura de aliada que guardaría en el futuro durante los bautizos de los otros hijos, que fueron naciendo entre 1828 y 1837, sobre los que recayó ese mismo apellido bienhechor pero fraudulento, *Benjamín*. Los niños crecerían acostumbrados a preguntar por don Roberto, su padre falso —siempre en intempestivos «viajes de comercio de metales» a través de remotos países indistinguibles, de los que siempre estaba «a punto de regresar»—, y a ver al cura Gregorio, su padre auténtico, biológico, como un padrino afectuoso, un pariente con sotana que frecuentaba la casa para fungir de tutor, corregirles los defectos y, a veces, si se portaban bien, regalarles hostias sin consagrar que se deshacían como nieve en las papilas de la lengua.

Poco antes del nacimiento de Juan, en febrero de 1828, siendo ya párroco de Huácar, Cartagena había fundado el Colegio de la Virtud y luego, en abril —en su calidad de diputado por la provincia de Junín, función a la que había accedido un año antes, estrenándose en la política—, le tocó ser parte del Congreso que promulgó la tercera Constitución del Perú. Acababa de cumplir cuarenta años y, pese a su relativa juventud, ya era párroco de su localidad, director de un centro educativo, joven constituyente de la Asamblea Nacional, padre de la patria, amante de una mujer y furtivo progenitor de un niño al que mantenía oculto.

A Nicolasa, por su parte, la maternidad no le resultó tan trabajosa debido a la sapiencia ganada en casa. Sus padres —dos españoles que a fines del siglo XVIII, al llegar al Perú, se asentaron en Huánuco esperando hacerse ricos

con montañas de oro que se cansaron de buscar— habían muerto de tuberculosis cuando ella tenía diecisiete años; de modo que le tocó hacerse cargo, bajo la supervisión de Dominga Prieto, de sus seis hermanos menores: Antonio, Pedro, Pablo, Gerónimo, Armenio y Rosita. Al adoptar tempranas actitudes maternas, Nicolasa ganó pericia hogareña y, en cuanto cumplió los veinte, se volvió una mujer concienzuda, autosuficiente y resuelta ante el menor contratiempo. Tanto es así que años después ninguno de sus hermanos cuestionó la clandestinidad de su parto ni la de su misterioso matrimonio, y hasta recibieron con júbilo la noticia de la llegada del primer sobrino, el pequeño Juan.

Claro que cuidarse de no incomodar a su hermana mayor con preguntas impropias no quiere decir que no sintieran curiosidad por saber de dónde había salido el escurridizo Roberto Benjamín, ese señorito de nombre eufónico, seguramente honorable, que de la noche a la mañana desposó a Nicolasa convirtiéndose en pariente sin que nadie lo conociera, sin que nadie lo hubiese visto una sola vez en esos pagos. Los hermanos se sentían intrigados pero no se entrometían, y solo en voz baja daban rienda suelta a sus especulaciones y detrás de las paredes comentaban sus expectativas por conocer pronto «al cuñado Roberto», agasajarlo y darle la bienvenida oficial a la familia. Una ocasión que, desde luego, jamás llegaría.

Gregorio Cartagena había visto a Nicolasa por primera vez a las once de la mañana del viernes 15 de diciembre de 1820. Aunque cundía el calor, ese día llovía finamente sobre la plaza central de Huánuco. Una semana atrás, el vecindario, enterado del más reciente y prometedor triunfo del ejército patriota sobre las fuerzas realistas españolas, se

había pronunciado unánimemente a favor de la independencia en cabildo abierto. Por eso aquel viernes de diciembre, a las once en punto, Nicolás de Herrera —delegado del general Álvarez de Arenales, mano derecha del general en jefe de la expedición libertadora del Perú, el argentino José de San Martín—, recogiendo la voluntad de los lugareños, se puso de pie sobre un proscenio hecho de la unión de cuatro mesas forradas por un viejo mantel bordado y desde allí, rodeado de hombres, mujeres y niños llegados de las aldeas de Huamalíes, Huallanca y Ambo, todos con sus precarios vestidos de gala y aspecto de no comprender del todo aquello que atestiguaban, con el paisaje terroso como escenografía, infló los pulmones para exclamar:

—Huanuqueños, ¿juráis por Dios y una señal de cruz el ser independientes de la Corona y Gobierno del rey de España y ser fieles a la patria?

El «sí, juro» de la población rebotó en los cerros causando un estruendo.

Lo que siguió fueron los vivas, el descoordinado repique de campanas, las serenatas, las comparsas improvisadas, la entonación de tedeums y misereres en los dieciséis templos de la ciudad, y el tronar incesante de unos cohetes y bengalas artesanales que despedían luces efímeras. El alcohol no tardaría en pasarse de mano en mano y poco a poco la celebración fue descontrolándose. La fiesta programada para una noche al final duró dos días y en algunas casas se prolongó hasta tres.

En esos primeros minutos, rebosante de alegría y confundida entre el hormiguero de gente, la joven Nicolasa caminaba bajo las serpentinas y los cordeles de farolitos de aceite recién tendidos sobre la plaza. A pocos metros, Gregorio Cartagena —que había participado en el cabildo abierto— apreciaba cómo los pobladores se disgregaban

en racimos por los recodos, agitando sus matracas, dando brincos, volantines, experimentando en la sangre los primeros síntomas de la libertad. Al levantar el cuello con lentitud, vio a Nicolasa. Fue un ramalazo. Se quedó estático y durante varios segundos no pudo quitarle la mirada de encima. Cuando le pareció que ella por fin reparaba en su presencia, le sonrió de manera automática y efusiva, como si sus músculos faciales no hubiesen discutido antes con el cerebro la necesidad o pertinencia de esa sonrisa que bien podía ser malinterpretada por alguien, por ejemplo por ese vecino miembro del cabildo que ahora le dirigía un repentino gesto ceñudo. Al sentirse descubierto, Gregorio tensó los nervios de la cara, recompuso su expresión, giró sobre su eje y apuró el paso. No avanzó muchos metros antes de ceder a la tentación de volverse. Nicolasa seguía allí. Otra vez lo estremeció la energía que irradiaba, la sensualidad de sus movimientos, la jovialidad y maestría con que maniobraba las antorchas que solo los hombres estaban autorizados a manipular. Todo eso le bastó para conjeturar que se trataba de una muchacha que había crecido sobreponiéndose al infortunio, disimulando su necesidad de protección. Se quedó así un rato más, vigilándola desde lejos con prudencia, encandilado con sus pupilas, las pupilas más hambrientas y exaltadas que había visto nunca. Aún Gregorio no podía vaticinar que a su lado, por su culpa, por cosas que él forzaría, esas mismas pupilas acabarían convertidas en un triste depósito de aflicciones.

No se conocerían, sin embargo, hasta cuatro años después, en los primeros días de 1824.

El viernes 19 de diciembre de 1823, el libertador venezolano Simón Bolívar llegó a Huánuco en su camino a Cerro de Pasco. Llevaba tres meses en el Perú, al frente de una expedición que buscaba acabar con los rezagos del vi-

rreinato español y consolidar la independencia declarada en Lima por San Martín en 1821. Arriba de Palomo —el mitológico caballo blanco de cola enhiesta y cascos bien engrasados que lo seguía desde Panamá y que no dejaba que nadie excepto él le colocara las carrilleras, le acariciara el hocico y lo espoleara—, Bolívar camuflaba su bajo porte y flacura con la prestancia del uniforme de los granaderos: casaca militar de cuello alto, faldones hasta las corvas, charreteras bordadas, banda tricolor, calzón ajustado sobre las pantalonetas azules, polainas de cuero hasta la rodilla, espuelas inoxidables, capote airoso y un gallardo bicornio emplumado.

Ese viernes Bolívar decidió pernoctar en el pueblo de Huácar. Necesitaba engrosar las filas de su regimiento y acopiar víveres y ganado para sus hombres, por lo que pidió ponerse en contacto con una autoridad local. Los pobladores le dieron una sola alternativa porque fue la única que se les ocurrió: Gregorio Cartagena. Quién mejor que el párroco, pensaron, para ayudarlo a conseguir racionamientos y atraer voluntarios que integrasen el ejército libertador. Bolívar lo mandó llamar y, una vez presentados, tras intercambiar someros puntos de vista sobre esto y aquello, el militar encontró confiable al sacerdote y lo designó como uno de sus principales enlaces en la sierra central. En lo sucesivo, cada vez que se detuvo en las proximidades de Huánuco, buscó directamente al cura para que lo mantuviera al tanto de sus avances.

Desde un principio, Gregorio apoyó con sinceridad el proyecto de Bolívar, ignorando el tamaño de su ambición dictatorial y el desdén con que se refería a los peruanos en privado. Primero se limitó a ser un mero informante de novedades, pero luego, por precaución, para no despertar suposiciones maliciosas ni ser visto como correvei-

dile o soplón, solicitó responsabilizarse exclusivamente de los reclutamientos en Huácar. Concedida la petición, Cartagena pasó a organizar las convocatorias dominicales en la plaza, anunciándolas después de officiar la santa misa de las doce y de dar lectura a los avisos parroquiales. Decenas de hombres y mujeres, militares retirados, jóvenes desempleados, jubilados civiles y hasta niños precoces acudieron a los llamamientos, todos inflamados de pundonor patriótico, adheridos íntegramente a la causa libertadora, queriendo formar parte de una historia que no estaba concluida y que para muchos acababa de comenzar a escribirse.

A diferencia de otras provincias donde el emplazamiento de reclutas fue brutal e indiscriminado, en la comunidad de Huácar las cosas se hicieron civilizadamente gracias a la intervención de Gregorio, quien cribaba a los voluntarios según sus propios parámetros, sin hacer tanto caso a lo estipulado por Bolívar: «Recuerde que no me hacen falta cobardes que quieran desertar, ni incapaces que cuestionen mandatos ni debiluchos que vayan a enfermarse por no dormir».

Un domingo de enero apareció por allí Nicolasa Cisneros junto con Pedro, el tercero de sus hermanos, el más cercano en cariño, un patilludo militar de veinte años que, al igual que otros soldados peruanos, había dimitido estando en las filas realistas españolas y ahora se alistaba a combatir. Al ver a Nicolasa, Gregorio Cartagena no tardó ni un minuto en reconocerla. Mientras tendía una mano dándole la bienvenida, notó cómo asomaban en su rostro los inconfundibles pómulos saltones, luego el botón rojo que sustituía la boca, y finalmente los ojos, cuya forma alargada y color opaco asoció, no en ese momento, sino después, con las hojas del eucalipto.

En cosa de segundos, sin dejar de atender a Pedro —que, para impresionarlo, justo se largó con una fogosa alocución acerca del amor a la patria—, Gregorio recapituló mentalmente la sucesión de aquellos hechos de diciembre de cuatro años atrás: la llovizna en Huánuco, las palabras de Nicolás Herrera, las campanadas, los cohetes, el fuego de las antorchas. Entonces se dio cuenta de que no había olvidado a esa mujer de belleza más bien enjuta que aquella mañana de 1820, en medio de una multitud congregada en la plaza de Armas, lanzaba vivas eufórica, cantaba tonadillas y repartía emocionados abrazos tras la declaración de independencia de su ciudad.

Desde ese día Cartagena la había evocado tantas veces para sí que ahora que la tenía enfrente por segunda vez, ahora que ya no era un arquetipo ni una bruma ni un recuerdo, ahora que sabía su nombre, no vaciló en tomar el reencuentro como una dádiva de la providencia, una oportunidad que se le concedía desde alguna instancia divina para que pudiera explorar el único terreno donde sus afares eran todavía un mar de angustias.

Gregorio había progresado en la vida sacerdotal sin que se le escamoteara ninguno de los grados u ocupaciones que anhelaba. No fue sencillo. Su carrera solo pudo tonificarse por completo después de superar las consecuencias del actuar licencioso que mostró en sus inicios, en los días en que estudiaba en Lima preparándose para su ordenamiento como subdiácono.

El mismo día de su ordenación, el martes 14 de marzo de 1815, solo horas después de la ceremonia en la catedral, un ciudadano de nombre Juan Antonio Monserrat se acercó al vicariato para denunciarlo. «Vengo a dejar constancia

ante esta dependencia eclesiástica de los comportamientos indebidos y la insolencia moral de un joven cura de apellido Cartagena», declaró el tal Monserrat ante los delegados del vicario. A continuación, les explicó que «se le ha visto involucrar en un lío de faldas e insultar a personas honorables con los depravados vicios de la embriaguez».

Por aquellos días, Gregorio concurría a las fiestas de Josefa Posadas, mujer de busto sobrado y caderas lisas que tenía «la gracia de cantar, tocar guitarra y contar chistes» ante los vecinos del barrio limeño de Los Huérfanos. Josefa recibía cada tarde a montones de invitados que se quedaban allí hasta la madrugada, para desdicha de su aún marido, un caballero estulto y malhumorado de nombre Ramón Heredia, quien vivía acechándola, pues no se resignaba a la separación definitiva que Josefa había planteado, después de echarlo de casa, harta de su vagancia y dejadez. De todos los visitantes ocasionales, el que más celos despertaba en Ramón Heredia era el joven Cartagena, cuya condición de clérigo no era impedimento para que cualquier mañana, en plena vía pública, de acera a acera, le lanzara a Josefa un atrevido repertorio de guiños, piropos y cumplidos que ella recogía con picardía y que Ramón descalificaba por inauditos y sacrílegos viniendo de quien venían. A lo largo de dos meses, Heredia tuvo con Gregorio «riñas y vivas divergencias que terminaron sin avería», pero el día de la ordenación de Cartagena ambos cruzaron el límite que sin querer habían trazado.

Ese martes, al pasar por la catedral como todas las mañanas, Ramón Heredia se persignó aliviado al ver a Gregorio alinearse en la fila de los flamantes subdiáconos y pensó que el muchacho de veintisiete años, al fin encaminado seriamente en la vida religiosa, dejaría de perturbar a Josefa, permitiendo que él y su mujer recuperasen la armonía

extraviada. Ramón se acercó hasta la puerta del templo y, en el instante en que los subdiáconos se hincaban frente al altar, desvió los ojos al cielo y creyó ver en el perfil simétrico de unas nubes lentas las formas trenzadas de un hombre y una mujer. Sonrió para sí, repentinamente convencido de que aquello era una señal divina, un ostensible anuncio de que su matrimonio aún no estaba finiquitado. Se retiró agradecido, pero cuando tres horas después ingresó sin anunciarse en la casa de Josefa Posadas y la encontró junto a Cartagena «libando licor en exceso y en inminente actitud de intimar», sus cándidas corazonadas se hicieron polvo y se puso a gritar como un energúmeno. Poseído por un odio descomunal, desalojó al cura a empujones y lo retó a salir a la calle para «arreglarse como los hombres».

Una vez que alcanzaron la avenida, ambos se cuadraron frente a frente dispuestos a saldar sus discrepancias a trompadas, susurrando amenazas, mirándose con un desagrado que rayaba en el asco, impávidos ante la vista y paciencia de hombres y mujeres insidiosos que empezaban a arremolinarse y a cerrar una ronda en medio de murmuraciones. Josefa Posadas intercalaba súplicas a grito pelado. Gregorio remangó su hábito colocándose en guardia, a la vez que Ramón Heredia enrollaba los bajos de sus pantalones sin perderlo de vista.

—¡Aquí ya no puedes esconderte, Cartagena!

—No necesita esconderse quien está en paz consigo mismo.

Mientras a Ramón le temblaba la quijada del coraje, el cura, achispado y todo, se lucía por su autocontrol.

—¡Degenerado! ¡Eso es lo que eres!

Los hombres y mujeres rumiaban expresiones de sorpresa.

—Cuida tu lengua, Ramón, no querrás que estas buenas personas vayan a creer que los celos están nublándote el cerebro.

Los dos rotaban en círculo midiéndose.

—¡Y tú cuida tu fe si en verdad la tienes contigo!

«¡Bravo, Heredia!», vociferó alguien en la muchedumbre. Otras voces masculinas secundaron la arenga.

—No hagas el ridículo, Ramón. Lo mejor que puedes hacer es marcharte.

—¡El que tiene que largarse de aquí eres tú! En este barrio no son bienvenidos los hipócritas.

Los aplausos del público a favor de su contrincante hicieron que Gregorio se sintiera incómodo por primera vez. Buscó a Josefa Posadas con la mirada, pero ya no la encontró.

—¿Ni siquiera vas a abrir el pico para pedir una disculpa?

—No sabía que te hubiese ofendido.

—Ahora lo niegas todo...

—¿Alguien sabe de qué habla este señor? —preguntó Gregorio mirando en derredor.

—¡Confiesa, mentiroso! —gruñó Heredia.

—No tengo nada que decirle a nadie. Mucho menos a ti.

—Sigues abusando de tu suerte, pero muy pronto se te va a acabar.

—Lo único que se me va a acabar es la paciencia, Ramón.

La gente, cansada de tanto rodeo, comenzó a abuchear.

—¡Por qué mejor no cuentas qué andabas haciendo con mi esposa allá dentro!

El incremento del rumor de las voces obligó a Gregorio a dejar su tono sosegado.

—¿Esposa? ¿Te refieres a la mujer que te botó a la calle hace dos meses por vago e indecente?

Al interior del barullo unos hombres rieron. Gregorio se volvió a mirarlos. Entre las caras reconoció algunos rostros presentes en las fiestas de Josefa Posadas.

—¡Aquí el único indecente eres tú! —gritó Heredia.

Envalentonados por el rugido del público, se acercaron un metro, aceleraron el ritmo y pasaron a posición de combate.

—¿A qué has venido, Ramón? —azuzó Cartagena—. Si quieres una bendición, te la doy. ¡Vete ya! Puedes irte en paz.

Las risas ahora se multiplicaban.

—Tus insolencias no me hacen daño, curita.

—Prometo orar por tus faltas y pecados.

Gregorio vio a dos viejas hacerse la señal de la cruz y sintió que ahora las personas estaban de su lado.

—¡Qué pecados ni qué diablos! ¡Basta de cacareo!

—Acércate, entonces..., si es que ya dejaron de temblarte las piernas.

—¡Un puño me alcanza para ponerte en tu sitio, Gregorio!

—Mi sitio está con Dios.

—¡Serás blasfemo!

—Mejor blasfemo que cornudo.

—¡Mejor cornudo que infeliz!

Ramón Heredia escupió para quitarse el nerviosismo de encima, avanzó dos pasos y, cerrando los ojos, lanzó el brazo derecho con todas las fuerzas de su rencor esperando conectar el rostro de Gregorio, pero se topó con el puro aire viciado de la tarde. La sorpresiva mediación de dos señoritas que entraron en escena evitó que la gresca deviniera en un escándalo aún más notorio. Se llevaron a Cartagena tirando de sus brazos, recordándole que esa misma mañana había iniciado los santos ejercicios de subdiácono,

leído párrafos enteros del catecismo ante la cruz de la catedral, prestado juramento como «vigilante centinela de la milicia celestial» y prometido guardar «moderación y entendimiento». Nadie conocía a ciencia cierta la identidad ni la procedencia de esas damas, aunque en su denuncia ante el vicariato el ciudadano Juan Antonio Monserrat las describió como «dos cantoneras de lupanar, tan desordenadas y prostitutas como Josefa Posadas».

Además de esa denuncia pública, aquel episodio supuso el traslado expeditivo de Gregorio desde Lima a Huácar. Retirado en esa provincia, pensaron sus consejeros espirituales, estaría más tranquilo. No obstante, aunque la Iglesia lo respaldó —más que nada por conveniencias políticas, ya que la familia Cartagena había aportado a favor de los diocesanos una vivienda alta compuesta de tiendas y huertas con arbustos de aguaymanto situada en una de las esquinas de la plaza Mayor de Huánuco—, y aunque el influyente sacerdote Toribio Rodríguez de Mendoza había firmado un certificado de disciplina favorable, para la gente común, tanto en Lima como en Huánuco, el nombre de Gregorio estaría por mucho tiempo asociado a los exabruptos de esa mañana en que incursionó bebido en el barrio de Los Huérfanos y acabó armando lío al lado de «mujeres de catadura incierta».

Una vez que los chismes llegaron a Huácar, Gregorio debió afrontar durante largos meses imputaciones vergonzosas y mofas callejeras. Bastaba con que se asomara a la puerta de la sacristía de la iglesia principal —que además era la única— para que las mujeres del pueblo lo señalaran cotorreando, refiriéndose a él como «el fraile pervertido». Algunas incluso afirmaban, muy seguras, que «el nuevo pa-

drecito falta continuamente al celibato»; otras decían que «un pagano como él es una deshonra para los clérigos», y unas pocas, las más venenosas, besándose las yemas de los pulgares y elevándolas al cielo, juraban que «ese hombre infractor» sufría de «crisis masturbatorias» y hasta que tenía «piojos y pulgas en la entrepierna».

Cartagena oía esas calumnias y se sentía un fraude, un estorbo, una interferencia entre Dios y los devotos. Durante todo el tiempo que duró aquel hostigamiento no hubo noche en que no desconfiara de los caminos de su vocación, ni temiera el desenlace de su destino. Solo con la amnesia de los años, pero sobre todo con los replanteamientos de su conducta disipada, la comunidad de Huácar fue olvidando las querellas y cambió gradualmente su actitud recelosa.

Vieron que era Gregorio quien, con dinero sacado de la faltriquera de su túnica, mandaba restaurar las parroquias y capillas alejadas que quedaban maltrechas tras el impacto de las nevadas, y que hasta él mismo apuntalaba y recomponía santuarios que se remontaban a siglos pasados, que después de los temporales habían sucumbido bajo gruesas capas de barro. Vieron que invertía minuciosas horas en la sacristía leyendo manuscritos y volúmenes de tratados antediluvianos que le servían no solo para instruir a los analfabetos, sino para presagiar las estaciones del clima y desmentir públicamente ciertas leyes, supuestamente universales, que las autoridades del virreinato invocaban buscando aprovecharse de las creencias y supersticiones de la población. Vieron cómo se las ingeniaba para hacer las veces de campanero de la iglesia principal; y unos cuantos notaron que cumplía con dar la hora al mediodía, anunciar los nacimientos, comunicar las muertes, notificar las bodas y prevenir los desastres naturales sin repetir el

mismo tañido de campanas. Vieron que no le importaba desobedecer a sus superiores ni rebelarse a los protocolos con tal de dar rápida solución a las necesidades y sufrimientos de los fieles. Y vieron con especial aprecio que era capaz de dejar el templo a cualquier hora, inclusive de madrugada, para socorrer las urgencias de los demás, aún las de aquellos padres y madres que lo invocaban aterrados asegurando que sus primogénitos adolescentes estaban contorsionándose en sus camas poseídos por el demonio o por algún espíritu maligno, botando espumarajos verdosos por la boca y la nariz. En esas ocasiones, Gregorio ejecutaba la misma operación sin quitarse la ropa de dormir: se colocaba una estola alrededor del cuello, acomodaba unos frascos en un maletín, acudía hasta el hogar en emergencia, adivinaba inmediatamente en los falsos posesos el tufo pestífero y los retortijones típicos de la borrachera, y entonces les limpiaba los vómitos, los espabilaba con dos cachetadas limpias de abajo hacia arriba, les hacía engullir un purgante de perejil que mitigara las náuseas de la resaca y, para no ponerlos en evidencia ante sus padres, que no dejaban de llorar ni santiguarse, les rociaba la frente con gotas de agua bendita y fingía exorcizarlos improvisando aleluyas y conjuros en latín. El mismo carácter insumiso que llegó a convertir a Cartagena en un dolor de cabeza para los priores más recalcitrantes y los gobernadores españoles enviados por la Corona lo transformó, a ojos de los hombres y mujeres de Huácar, en un presbítero cada día más valioso, al punto que llegó a ser para ellos un modelo de valentía en medio de la zozobra de aquellos años previos a la independencia.

Por dentro, sin embargo, Gregorio no era hombre lo grado. Se asumía incompleto, disminuido, como si le doliera la ausencia de un brazo o una pierna que no sabía que

le faltaba. Y aunque todos los domingos, desde el púlpito, persistía en definirse ante los feligreses de Huácar como un «ferviente soldado de Dios» e intentaba dejar atrás los sucesos que en su día le acarrearón fama de profano y libertino, en su interior sentía trabarse ilusiones contrarias a los votos de castidad, sentimientos sin identificar ni nombrar, pero que, una vez avivados tras el reencuentro con Nicolasa Cisneros, no volverían a aplacarse más.